

En esta universidad,
 Donde la sabia Miberva
 Hoy tiene el sagrado culto
 De que está celosa Aténas,
 Desde la puericia dócil
 A la ardiente adolescencia
 Hice de mí sacrificio
 A la diosa de las letras.
 Era en mi casa el segundo,
 Y aunque amante de las ciencias,
 Mucho más me provocaba
 La milicia que la Iglesia.
 Partime á Italia, ambicioso
 De las glorias de la guerra;
 Y al monstruo en ciencias, Merlin,
 Por mi dicha encontré en ella;
 Aquel, que según publican,
 O verdades ó consejas,
 Lo concibió de un demonio
 Una engañada doncella;
 Que esto puede hacer un ángel
 Si á vaso femineo lleva
 El sémen viril que pierden
 Los que con Venus se sueñan...
 —Mas sigan esta cuestion
 Los que siguen las escuelas;
 Que á mí no me toca ahora
 Probar sus naturalezas.—
 Merlin, el hijo del diablo,
 Su apellido comun era;
 Yo he pensado que por ser
 Más que humano á todas ciencias,
 Yo, soldado, aun no olvidado
 De mi inclinacion primera,
 Con dádivas y con ruegos
 Gané en su pecho las puertas.
 Enseñóme los efectos
 Y cursos de las estrellas;
 Que el entendimiento humano
 Hasta los cielos penetra.
 Las quirománticas líneas
 Con que en la mano á cualquiera
 De su vida los sucesos
 Escribe naturaleza.
 Supe la fisonomía,
 Muda voz que habla por señas,
 Pues por las del rostro dice
 La inclinacion más secreta.
 Sutiles entropelias
 Con que las manos se adiestran,
 Y á la vista más aguda
 Engaña su ligereza.
 De números y medidas
 Las demostraciones ciertas
 Por matemática supe,
 Y supe por aritmética.
 Estudié en cosmografía
 El sitio, la diferencia,
 Longitud y latitud
 De los mares y las tierras.
 Y por remate de todo,
 La arte mágica me enseña,
 De cuyo efecto las causas
 No alcanza la humana ciencia,
 Pues con caracteres vanos
 Y con palabras ligeras
 Obra prodigios, que admira
 La misma naturaleza.
 En esto, de que murió
 Mi hermano mayor las nuevas
 Fuéron causa que de Italia
 Diese á Castilla la vuelta,
 Fuime á vivir á la corte;
 Que parecen bien en ella
 Las cabezas de las casas
 A acompañar su cabeza.
 La parlera fama allí
 Ha dicho que hay una cueva
 Encantada en Salamanca,
 Que mil prodigios encierra;
 Que una cabeza de bronce,
 Sobre una cátedra puesta,

La mágica sobrehumana
 En humana voz enseña;
 Que entran algunos á oírlo;
 Pero que de siete que entran,
 Los seis vuelven á salir,
 Y el uno dentro se queda.
 Yo, desta ciencia curioso,
 Incitado destas nuevas,
 Supe de la cueva el sitio,
 Y partime solo á verla.
 La cueva está en esta casa,
 Si no mintieron las señas;
 Pero que verdad dijeron,
 Muestra el hallaros en ella;
 Porque, si no es por encanto,
 Imposible es que cupieran
 Dos hombres que son tan grandes,
 En casa que es tan pequeña.

DON DIEGO.

Gran don Enrique, jamas
 Para bahaña tan honesta
 A príncipe destes tiempos
 Vi calzarse las espuelas,
 Trocar las fiestas y gustos
 Al trabajo de las letras,
 Y el encanto cortesano
 Por una encantada cueva:
 Accion de príncipe heroico,
 Accion en efeto vuestra,
 Que sois quien del Gran Maestre
 El valor y sangre hereda.

MARQUÉS.

Para quien viene á saber,
 Larga digresion es esa.

DON DIEGO.

Oíd de la cueva, Enrique,
 La relacion verdadera.
 Retórica la fama, de figura
 Alegórica usando, significa
 La verdad de la cueva en la pintura.
 Esta que veis, obscura casa, chica,
 Cueva llamó, porque su luz el cielo
 Por la puerta no más le comunica,
 Y porque una pared el mismo suelo
 Le hace á las espaldas con la cuesta
 Que á la iglesia mayor levanta el vuelo.
 Y la cabeza de metal, que puesta
 En la cátedra, da en lenguaje nuestro
 A la duda mayor clara respuesta,
 Es Enrico, un frances, que el nombre

[vuestro,

El mismo divagar, los mismos casos,
 Y el que tuvistes vos, tuvo maestro.
 De Merlin como vos, siguió los pasos,
 Y al fin, pródigo aquí de su riqueza,
 De magia informa juveniles vasos;
 Y porque excede á la naturaleza
 Frágil del hombre su saber inmenso,
 Se dice que es de bronce su cabeza.
 De siete que entran, que uno pague el

censo,

Los pocos que, de muchos estudiantes,
 La ciencia alcanzan, declararnos pien-
 so.
 La falda ocupan muchos caminantes
 Al apolíneo monte, y pocos besan
 Las aras en la cumbre relumbrantes.
 Enrico está en escuelas; que no cesan
 En casi edad caduca sus intentos
 De seguir el estudio que profesan.
 En ellas oye humildes rudimentos
 De las ciencias que ignora; y da en su

[casa,

De las que sabe, claros documentos.
 En viéndolo, veréis que ha sido escasa
 La fama en metafóricas pregones,
 Pues la verdad sus limites traspasa.
 ¡Dichosa España, que de dos varones
 Goza en un tiempo tales! Dos Enricos
 Serán de hoy más sus célebres blaso-
 nes.

Mas no convienen coronistas chicos
 A grandes cosas y hechos inmortales;
 Déjolo á estilos de caudal mas ricos;
 Y porque ya sepais los desiguales
 Casos, que á choza tal nos han traído,
 Oíd en breve suma largos males.
 En cierta resistencia habemos sido
 Culpados: muertos hubo, y mas de nue-
 Acompañó el Corregidor herido. [ve
 Tocó á rebato, y la irritada plebe
 En tal número crece, que al espeso
 Granizo imita, que del cielo llueve.
 Fuerza fué retirarnos: yo confieso
 Que me faltó el aliento, y ya sería
 Resistir, no valor, mas poco seso.
 Con alas gran caterva nos seguia:
 Aquí entré perseguido; y con encanto,
 De sus ojos Enrico nos desvia.
 Quedámonos aquí, porque entre tanto
 Con sus artes el viejo nos defienda,
 Que nos da libertad el cielo santo.
 Mas ¡ay! que allá dejamos una prenda.
 Don García Giron, vuestro pariente, da,
 Que al valor de ese pecho se encomien-
 Preso quedó en la lucha, y duramente
 Lo tienen en la pública aherrojado.
 Sin darle cárcel, á quien es, decente.
 Dicese que á la corte han enviado
 Por un pesquisidor; yo á que lo impidan
 Por la posta á mis deudos un criado.
 Pero los cielos, que jamas olvidan
 Un pecho de desdichas oprimido,
 En vos con el remedio nos convidan,
 Pues á tal ocasion os han traído.

MARQUÉS.

Don Diego, la explicacion
 De la cueva que he buscado,
 Extraño gusto me ha dado,
 Y puesto en obligacion.
 Mas corrido me confieso
 De ver que esté don García
 Giron, de la sangre mia,
 En cárcel pública preso.
 A un criado de mi casa
 Debiera el Corregidor
 Hacer diferente honor:
 Ardiente furia me abrasa.
 Rabiando está el alma mia,
 Amigos, ya, por vengar
 Tan injusto agravio, y dar
 Libertad á don García.
 Quedáos adios.

DON DIEGO.

A él suplico
 Que vida inmortal os dé.

MARQUÉS.

Luego á veros volveré
 Y á gozar del sabio Enrico. (Vase.)

DON DIEGO.

¿Qué decis?

DON JUAN.

Que ya no dudo
 De tener fin venturoso;
 Que medio más poderoso
 Darnos la suerte no pudo.
 A mi esposa es bien que escriba
 Destas nuevas un papel. (Vase.)

DON DIEGO.

Bien es que en mal tan cruel
 Este consuelo reciba.

Salen DOÑA CLARA, con manto,
 y LUCÍA.

DOÑA CLARA.

Querido dueño mio...

DON DIEGO.

Bien de mi pensamiento, [tento
 ¿Qué exceso, qué milagro, qué por-
 Estoy viendo? ¿Es verdad ó desvario?

Un pequeño rincón, triste y sombrío,
 Cielo ya venturoso
 Es del sol mas hermoso,
 Que el que por inventor del claro día
 Tiranzó la humana idolatria?

DOÑA CLARA.

¡Ay, mi bien! ¿Qué te espantas?
 Tus excesos me obligan á este exceso.

DON DIEGO.

[tas,
 ¡Oh feliz yo, que entre desdichas tan-
 Más que amoroso conseguí travieso!

DOÑA CLARA.

Como escribiste que esta noche irias
 A verme, dueño mio,
 Temi tus desventuras y las mias:
 Y así, por evitar tu desvario
 Y mirar por tu vida, me he arrojado
 A exceder de la esfera de mi estado.
 ¿Qué desdichas son estas, qué locuras?
 ¿Tú me tienes amor? Si amor tuvieras,
 Tu inclinacion indómita oprimieras,
 Porque á mis penas duras
 No diesen ocasion tus travesuras.

DON DIEGO.

No te aflijas, mi bien; que pues te veo,
 Nada queda que espere mi deseo.

DOÑA CLARA.

¡Tú, señor, retraído!
 ¡Don Diego de Guzman en una cueva
 Tan humilde escondido!

DON DIEGO.

No ya humilde la llames, pues ha sido
 Oriente celestial de luz tan nueva.

DOÑA CLARA.

En riesgo tan cruel, ¿qué determinas?
 En lance tan estrecho,
 ¿Qué medios imaginas?
 Mira si pueden dar en tu provecho
 Sangre mis venas, corazón mi pecho.

DON DIEGO.

Solo tu sentimiento,
 Señora, es el que siento;
 Lo demas todo es nada.

DOÑA CLARA.

¡Todo es nada, don Diego, [go,
 Cuando el lugar se abrasa en vivo fue-
 Cusando el Corregidor, de una estocada
 Venganza pide, ciego?
 ¿Cuando tres escribanos
 Del rigor se lamentan de tus manos,
 Y el Alguacil mayor, por una herida,
 Al cielo da las quejas y la vida?

DON DIEGO.

Pues ¿qué es eso?

DOÑA CLARA.

¿Qué es eso?
 Harás que pierda el seso.

DON DIEGO.

¿Ves esa resistencia,
 Esas heridas ves, ves esas muertes,
 Ves esas quejas y contrarios fuertes,
 Heridas y alborotos?

DOÑA CLARA.

Ya los veo.

DON DIEGO.

Pues mucho más me aflige mi deseo.
 La vida has ofrecido
 A remediar mis males;
 Para estos, más mortales,
 Menos, mi bien, te pido.

DOÑA CLARA.

¿Qué bien las cosas mides!
 Menos me pides, y el honor me pides?
 ¿Sin la mano querias
 Gozar las prendas mias?

DON DIEGO.

Si á tu bien, dulce dueño, condujese
 Que yo tu esposo fuese,
 Yo ¿qué más bien quería?
 Mas ¡ay, señora mia!
 Si miro en tu belleza
 Opuesta la fortuna
 A la naturaleza,
 Si es la necesidad más importuna, [za,
 Cuanto es más la hermosura y la noble-
 Y yo soy por igual pobre y honrado,
 ¿Cómo seré tu esposo,
 Para verme, mi bien, más obligado
 Y menos poderoso?

DOÑA CLARA.

No estás enamorado;
 Que el niño amor no alcanza
 Tanta razon de estado.
 Para burlar, ingrato, mi esperanza
 ¿Hallas tantas razones?
 ¡Oh, qué poco te ciegan tus pasiones!

DON DIEGO.

Tú sí que á tu honor miras:
 Mientes si dices que de amor suspiras.
 ¿En qué deuda me pones,
 Si en reciproco trato de himeneo
 La ejecucion me vendes del deseo?
 Véte, falsa, y no digas que me quieres;
 Que no es amor, amor interesado.
 Ya estoy desengañado;
 Que solo en lo que ahora te he pedido,
 Probar tu amor mi pensamiento ha si-
 Que no verlo, enemiga, ejecutado [do;
 Sin ser esposo tuyo:
 Y pues probé tu falsedad, concluyo
 Con que de aquí adelante
 Ni quiero ser tu esposo ni tu amante.

DOÑA CLARA.

Quédate, falso, tú; que pues arguyo
 Tu engaño de tu prueba cautelosa,
 No quiero ser tu amante ni tu esposa.
 (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

Sale ZAMUDIO por una puerta con unas
 alforjas, y por otra DON DIEGO, en
 cuerpo, con espada, de color.

ZAMUDIO.

Yo sea muy bien venido.

DON DIEGO.

Ya te estaba deseando:
 ¿Cómo vienes?

ZAMUDIO.

Vengo andando.

DON DIEGO.

¿Qué has hecho?

ZAMUDIO.

Lo que he podido.

DON DIEGO.

Humor traes.

ZAMUDIO.

Esta alforja
 Toda la probanza tiene
 De lo que he hecho; que viene
 De cartas hasta la gorja.
 Y porque quién te escribió
 Sepas en término breve,
 Ningun príncipe te debe
 La carta que recibí.

DON DIEGO.

Al fin, al fin, caballeros.

ZAMUDIO.

Todos los señores vi:
 Cualquier cosa harán por tí,
 Aunque toques en dineros.
 Cartas de favor dará
 Cualquier dellos á montones;
 Que como renunciaciones
 Las firman á resmas ya.
 La grandeza y el valor,
 La cortesía y nobleza,
 La humanidad y largueza
 Vive en ellos. Mas, señor,
 ¿Qué traje es ese?

DON DIEGO.

El estado

Lo requiere en que me veo.
 ¿Qué hay de Madrid? que deseo
 Saber lo que te ha pasado.

ZAMUDIO.

Allá vi á tu doña Flor,
 Vuelta en plato.

DON DIEGO.

¿En plato?

ZAMUDIO.

Sí;

Que en la comedia la vi
 Puesta en un aparador.
 Pero no sola esta ingrata
 El aparador tenia;
 Que muchos platos habia,
 Y los más eran de plata.
 Miraba yo desde el banco
 En los platos relumbrantes
 De almendra y pasa los ántes,
 Los postres de manjar blanco.
 Tal fiesta allí se celebra,
 Que halla cualquier convidado
 Platos de carne y pescado,
 Como en viérnes de Ginebra.
 Al salir se han de servir
 Los platos de la vianda,
 Que al entrar son de demanda,
 Y de vianda al salir.
 Vieras, mirando á estos platos,
 Mil mancebitos hambrientos,
 Cual suelen mirar atentos
 Carne colgada los gatos.
 Ellas no pueden sufrillo,
 Y por pagarlo, tambien
 De cuantos abajo ven,
 Están haciendo platillo.
 Su capítulo primero
 Es si uno regala ó no:
 Segundo, si regaló;
 Si regalará, el tercero;
 Y con tal gusto y espacio
 Siguen materia tan mala,
 Que en regala ó no regala
 Gastan todo el cartapacio.
 Mas ¿cómo con lo que á tí
 Te ha sucedido estos días,
 No me atajas?

DON DIEGO.

Divértias,

Zamudio, mi pena así.

ZAMUDIO.

¿Cómo va de sentimiento
 Con doña Clara? ¿Porfia
 En su tema?

DON DIEGO.

Todavía

Apellida casamiento.
 Si al de Ayamonte heredara,
 No estuviera mal casado;
 Que don Pedro Maldonado,
 Padre de la hermosa Clara,
 De los caballeros es
 De blasones más felices.

ZAMUDIO.
Misas de salud le dices:
Inmortal será el Marqués.
En gran confusion te veo.

DON DIEGO.
Pues ya una traza fabrico
Con un encanto de Enrico
Para lograr mi deseo,
Y venga lo que viniere.

ZAMUDIO.
¿Y eso sin casarte?

DON DIEGO.
SI.

ZAMUDIO.
Pues, señor, ¡cuerpo de mi!
Todo lo pierde el que muere.
Con razon te determinas:
Come, si hambriento te ves,
Y mas que salga despues
A poder de melencinas.
¿En eso me viera!

DON DIEGO.
¿En qué?

ZAMUDIO.
En hablar cómo Lucía.
Dé fin á la pena mia,
Sin que la mano le dé;
Que, vive Dios, que no hubiera
En el mundo inconveniente
Ni imposible tan valiente,
Que por vencer no venciera.

DON DIEGO.
Imitasme de ese modo,
Pues en no casarte das.

ZAMUDIO.
Señor, si á la corte vas,
Lo aborrecerás del todo.

DON DIEGO.
Aquí se quede el amor;
Que en su encanto divertido,
De preguntarte me olvido
Si viene el Pesquisidor.

ZAMUDIO.
Ni ha sido nuevo ni injusto;
Que en el juvenil cuidado,
¿Cuándo el consejo de estado
Fué primero que el del gusto?

DON DIEGO.
De lo importante tratemos.

ZAMUDIO.
Hablaron al Presidente
Cuál tu amigo y cuál pariente,
Mas Pesquisidor tenemos.

DON DIEGO.
¿Qué me dices?

ZAMUDIO.
Que no es hombre
El Presidente de ruegos:
Vence á romanos y griegos
De recto y sabio, en el nombre.

DON DIEGO.
¿Y viene ya?

ZAMUDIO.
Atras quedó;
Muy presto aquí lo tendrás.

DON DIEGO.
¿Qué buena nueva me das!

ZAMUDIO.
¿Y mondo nisperos yo?
A ti y al Pesquisidor
Traigo cartas por mitad:
Para ti, las de amistad,

Para él, las de favor.
Pero dime: ¿qué se ha hecho
Dop Juan?

DON DIEGO.
Por ser, como ves,
Esta cueva para tres
Aposento tan estrecho,
Y por estar de su casa
Cerca la iglesia mayor,
Retraido allí, mejor
Estos infortunios pasa.

ZAMUDIO.
Bien hace.

DON DIEGO.
Quiero leer...
—Mas los dos Enricos son
Los que vienen.

Salen EL MARQUÉS, y ENRICO, con
manteo, y sotana y bonete.

ENRICO.
La opinion
A verme os pudo traer;
Pero la verdad no puede
Deteneros.

MARQUÉS.
¿Qué humildad!
Bien sé yo que la verdad,
Enrico, á la fama excede.—
¿Don Diego!

DON DIEGO.
Señor, si da
En honrar con su presencia
Esta casa vucelencia,
Claro palacio la hará.
Y yo con visitas tales,
No solo no sentiré,
Mas antes celebraré
Por venturosos mis males.

MARQUÉS.
En una carta lei
De las que á Lucilio escribe
El gran Séneca, que vive
El sabio dentro de sí.
Al cayado y la corona
En la choza y el palacio
Le sobra todo el espacio
Que no ocupa su persona.
Y así ni miro en grandeza
Ni en pequeñez de lugar,
Porque está con respirar
Contenta naturaleza;
Y yo esta cueva sombría
Prefiero al palacio rico.
Pues aquí de vos y Enrico
Se goza la compañía.

ZAMUDIO.
¿Qué hay de negocios?

DON DIEGO.
Señor,

La feliz nueva me dad
Si ha dado ya libertad
Al preso el Corregidor.

MARQUÉS.
Hasta aquí no lo han dejado
Los médicos visitar;
Que importa así, por estar
De la herida desangrado.
En estando bien dispuesto,
Lo visitaré.

DON DIEGO.
Conviene
La diligencia; que viene
El Pesquisidor muy presto.

MARQUÉS.
¿Quién el mensajero ha sido
Desa nueva?

DON DIEGO.
Este criado.

ZAMUDIO.
Que hoy de la corte ha llegado.

ENRICO.
Zamudio, ¿que ya has venido?

ZAMUDIO.
Sí, señor, y no creería
Sin verlo, que preguntara
Una cosa que es tan clara
Quien sabe nigromancia.

DON DIEGO.
Calla, bachiller.

ZAMUDIO.
En artes
Por Salamanca lo soy.

MARQUÉS.
Segun lo que viendo estoy,
Lo serás por todas partes.

ZAMUDIO.
Los bachilleres aquí
En todas partes lo son;
Que es desta escuela exencion.

MARQUÉS.
No se perderá por tí.

DON DIEGO.
Perdonad, por vida mia,
A este grosero hablador;
Que nunca á los de su humor
Obligó la cortesía.

ZAMUDIO.
Si antes que á la corte fuera,
De bufon me motejaras,
Sin duda que me obligaras
A que un desatino hiciera.

MARQUÉS.
¿Qué te obliga á reparar,
Después que á la corte has ido?

ZAMUDIO.
Estar allá muy valido
Todo medio de agradar:
La lisonja y el gracejo
En las nubes; necesidad
El desengaño y verdad,
La fineza y buen consejo.

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

ENRICO.
Zamudio, ¿que ya has venido?

ZAMUDIO.
Sí, señor, y no creería
Sin verlo, que preguntara
Una cosa que es tan clara
Quien sabe nigromancia.

DON DIEGO.
Calla, bachiller.

ZAMUDIO.
En artes
Por Salamanca lo soy.

MARQUÉS.
Segun lo que viendo estoy,
Lo serás por todas partes.

ZAMUDIO.
Los bachilleres aquí
En todas partes lo son;
Que es desta escuela exencion.

MARQUÉS.
No se perderá por tí.

DON DIEGO.
Perdonad, por vida mia,
A este grosero hablador;
Que nunca á los de su humor
Obligó la cortesía.

ZAMUDIO.
Si antes que á la corte fuera,
De bufon me motejaras,
Sin duda que me obligaras
A que un desatino hiciera.

MARQUÉS.
¿Qué te obliga á reparar,
Después que á la corte has ido?

ZAMUDIO.
Estar allá muy valido
Todo medio de agradar:
La lisonja y el gracejo
En las nubes; necesidad
El desengaño y verdad,
La fineza y buen consejo.

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

DON DIEGO.
¿Ya satirizas? Detente:
No des en murmurador.

ZAMUDIO.
No me detengas, señor;
Que vive Dios, que revienta.

MARQUÉS.
Dejalde hablar.

ZAMUDIO.
No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.
Llévome un amigo un día
Allá á una junta de hablantes
Arrojados y ignorantes,
Y el uno dellos decía:
«Bravas joyas y vestido
Ha echado doña fulana;
Mas es hermosa, y lo gana
Con preceto del marido.»
Codeó mi camarada,
Y dijo: «El que hablando está,
Come de lo que le da
Una hija emancipada.»
«¿Andar! dijo otro mocito:
El marido no hace bien,
Porque en la ley de Moisen
Tal preceto no hay escrito.»
Segunda vez codeó
Mi amigo, y dijo: «El mozuelo
Lo sabe bien; que su abuelo
En Granada la enseñó.»

«¿Andar! otro reposado,
Con un suspiro profundo
Dijo: Esos gozan del mundo:
¡Ay del pobre que es honrado!»
Vi venir otro codazo;
Mas escapéme y sali,
Porque á detenerme allí,
Sacara molido el brazo.

DON DIEGO.
¿Que la corte sufra tal!

ZAMUDIO.
Pues esto ¿es mucho? Un letrado
Hay en ella tan notado
Por tratante en decir mal,
Que en lugar de los recelos
Que dan las murmuraciones,
Sirven ya de informaciones
En abono sus libelos:
Y su enemiga fortuna
Tanto su mal solicita,
Que por más honras que quita,
Jamás le queda ninguna.

DON DIEGO.
¿Cuándo tuviste lugar
De ver tanto?

ZAMUDIO.
¿Es menester
Mucho tiempo para ver
Lo que nos ha de enfadar?

MARQUÉS.
Al fin, ¿con la corte vienes
Enemistado?

ZAMUDIO.
No vengo;
Que con su grandeza tengo
Gran simpatía.

ENRICO.
¿Qué tienes,
Zamudio, por simpatía?

ZAMUDIO.
¿Acaso para saber
Traducilla, es menester
Estudiar nigromancia?
¿Qué falso estás! Ya sabemos
Que sois mágico; mas yo
Lo soy tambien: y si no,
Para probarlo, apostemos
Que sin quitarme de aquí,
Y sin que el pulso me deis,
Os digo donde teneis
Un dolor.

ENRICO.
¿Adónde?

ZAMUDIO.
Abi.

(Dale un golpe Zamudio, y señala donde
le da.)

ENRICO.
Pagaréismela á fe mia.

ZAMUDIO.
Aquí no os valió la ciencia.

DON DIEGO.
Majadero, la insolencia
No entra en la bufonería.

MARQUÉS.
No le riñais; que no vi
Jamás tan raro sugeto.

ZAMUDIO.
Soy tan raro, que os prometo
Que se vió cuando nací,
Un caso, que ni se vió
Otra vez de Adán acá,
Ni otra vez sucederá.

MARQUÉS.
¿Y fué el caso?

ZAMUDIO.
Nacer yo.

MAMÓLA!
DON DIEGO.
¿Qué grosería!

MARQUÉS.
Pagaréisla por mi fe.

DON DIEGO.
Véte á descansar.

ZAMUDIO.
Si haré;
Mas será, viendo á Lucía.

MARQUÉS.
¿Buenos nos dejás!

ZAMUDIO.
Señores,
Contra estudiante gorrón
Salmantino socarrón,
Non praxtant incantadores.

ENRICO.
Presto lo veréis.

ZAMUDIO.
¿Lucía!

Sale LUCIA, con manto y una canastilla
cubierta y una bota.

LUCIA.
Zamudio.

DON DIEGO.
Mucho me holgara
Que este arrogante probara
Si vale nigromancia
Contra gorrón salmantino.

MARQUÉS.
Una burla le he de hacer,
Bien graciosa.

ENRICO.
Para ver
La que yo hacerle imagino,
Os retirad á esta parte.

DON DIEGO.
Pues juntos de magia veo
Los dos Apolos, deseo
Veros ejercer el arte.
(Vanse los tres.)

ZAMUDIO.
¿Tanto ha podido la ausencia!

LUCIA.
Tanto la ausencia ha podido,
Que en mi corazon ha hecho
Lo que no tantos servicios.
La memoria sin cesar
Luchando estaba conmigo,
Representando tus hechos
Y refiriendo tus dichos.
Al fin hoy, cuando pasaste
Por mi calle de camino,
Te estaba enviando el alma
A la corte mil suspiros;
Mas en viéndote, en achaque
De ir á jabonar al río,
Para merendar los dos
Previne este canastillo.
Vén, porque á orillas del Tórmes
Haga los peñascos frios,
De mi firmeza y mi gusto
Mudos y eternos testigos.

ZAMUDIO.
Vamos, mi bien, entre tanto

MARQUÉS.
¿Y fué el caso?

ZAMUDIO.
Nacer yo.

MAMÓLA!
DON DIEGO.
¿Qué grosería!

MARQUÉS.
Pagaréisla por mi fe.

DON DIEGO.
Véte á descansar.

ZAMUDIO.
Si haré;
Mas será, viendo á Lucía.

MARQUÉS.
¿Buenos nos dejás!

ZAMUDIO.
Señores,
Contra estudiante gorrón
Salmantino socarrón,
Non praxtant incantadores.

ENRICO.
Presto lo veréis.

ZAMUDIO.
¿Lucía!

Sale LUCIA, con manto y una canastilla
cubierta y una bota.

LUCIA.
Zamudio.

DON DIEGO.
Mucho me holgara
Que este arrogante probara
Si vale nigromancia
Contra gorrón salmantino.

MARQUÉS.
Una burla le he de hacer,
Bien graciosa.

ENRICO.
Para ver
La que yo hacerle imagino,
Os retirad á esta parte.

DON DIEGO.
Pues juntos de magia veo
Los dos Apolos, deseo
Veros ejercer el arte.
(Vanse los tres.)

ZAMUDIO.
¿Tanto ha podido la ausencia!

LUCIA.
Tanto la ausencia ha podido,
Que en mi corazon ha hecho
Lo que no tantos servicios.
La memoria sin cesar
Luchando estaba conmigo,
Representando tus hechos
Y refiriendo tus dichos.
Al fin hoy, cuando pasaste
Por mi calle de camino,
Te estaba enviando el alma
A la corte mil suspiros;
Mas en viéndote, en achaque
De ir á jabonar al río,
Para merendar los dos
Previne este canastillo.
Vén, porque á orillas del Tórmes
Haga los peñascos frios,
De mi firmeza y mi gusto
Mudos y eternos testigos.

ZAMUDIO.
Vamos, mi bien, entre tanto

Que á la ausencia sacrificio,
Por lo que alcanzo por ella,
Lo que en ella he padecido.
Haréla estatua de barro,
Pues no puedo de oro fino;
Colgaré un gorrón de cera
En su templo, agradecido;
Que si un rey á las cebollas
Altars y templos ricos,
Porque con ellas sanó
De unas cuartanas, les hizo;
Más lo merece la ausencia,
Pues que por ella mitigo
Las fiebres de mi deseo,
Y de tu desden los frios.

LUCIA.
A Tórmes hemos llegado
Sin sentir.

ZAMUDIO.
Forzoso ha sido;
Que con buena compañía
No se sienten los caminos.

(Póngase un canal de dos peñas: la una
que sirve de escotillon al tablado: en
esta se sienta Lucía; la otra, vara y
cuarta en alto, sobre la cual está for-
mada una Peña de lienzo, hueca, y en
ella está escondido un leon. Descubre
Lucía el canastillo, en cuya boca ha
de estar una tablilla de su tamaño, con
pan, fruta y tocino fingido, y en di-
ciendo Zamudio blasphemasti, etc.,
tórnatla á cubrir Lucía con el lienzo,
y tira de un cordelillo que ha de te-
ner la tablilla secreto, con que se vuel-
ve; y queda hacia arriba carbon, que
ha de estar fingido: asienta la canas-
tilla, y toma Zamudio la bota; y al te-
vantarla para beber, se la toman de
dentro de la Peña.)

LUCIA.
Debajo deste peñasco,
Para estar mas escondidos,
A merendar nos sentemos.

ZAMUDIO.
¿Oh peñasco, paraíso
Donde estos postreros padres
Tendrán los primeros hijos!

LUCIA.
Fruta de Toro te traigo,
Pan de flor, pernil cocido.
Empieza á comer, Zamudio.

ZAMUDIO.
Blasphemasti contra el vino;
Que fuera de que el lugar
Primero le es tan debido,
El fuego ha de estar debajo,
Segun buenos aforismos,
Para hacer el cocimiento.

LUCIA.
Dices bien.

ZAMUDIO.
¿Qué hubiera sido
De nosotros, á no haber
Tantos moros y judíos?

LUCIA.
¿Por qué?

ZAMUDIO.
Porque si en el mundo
Todos comieran tocino
Y bebieran vino todos,
¿Quién alcanzara un pellizco?
A la salud de los dos
Encantadores Enricos:
¿Asi no puedan vengarse
De mis muecas, sus hechizos!—
¿Qué es esto? ¿Qué es de la bota?

LUCÍA.
Yo ¿qué sé?

ZAMUDIO.
Tú la has cogido.

LUCÍA.
Búscala.

ZAMUDIO.
¡Válgame Dios!
¡Hála tragado este risco?
Las penas suelen dar agua;
Mas no suelen beber vino.
Pues los dos estamos solos.—
Ya que la bota he perdido,
Al pan y tocino apelo.
(Descubre el canastillo, y parece el carbon.)

Mas ¿qué es esto? ¡Vive Cristo,
Que cuanto estaba en la cesta
En carbon se ha convertido!

LUCÍA.
¿Es esto encanto, Zamudio?

ZAMUDIO.
Los mágicos imagino
Que andan por aquí.—Lucía,
No tengas miedo, bien mio;
Que al menos en las personas
No tiene fuerza el hechizo.
Goce yo tus dulces brazos;
Que del encanto me rio.
(Va á abrazar á Lucía y hándose, y cae el leon en su lugar y abrázalo, y vase el leon.)

¡Válgame san Anastasio,
San Panucio, san Francisco,
San Hernando, san Gonzalo,
San Baltasar, san Cirilo!
¡Válganme las letanias!

Salen DON DIEGO, EL MARQUÉS,
y ENRICO.

ENRICO.
Tente, Zamudio: ¿qué has visto?

ZAMUDIO.
¡Guarda el leon!

ENRICO.
¿Qué leon?

DON DIEGO.
Extremada burla ha sido.

ZAMUDIO.
¿Adónde estoy?

ENRICO.
En mi cueva.

ZAMUDIO.
¿No estaba agora en el rio?

ENRICO.
Non præstant incantatores
Contra gorrón salmantino.

ZAMUDIO.
No imaginé que serían
Los magos tan vengativos.
Pescar la merienda, vaya,
Y vaya ausentar el vino;
Mas hacer brindis al gusto
Para deleites lascivos,
Y al tiempo de cierra España,
En su punto el apetito,
Convertir una mujer
En leon, y cuando embisto
A tocar manos y labios,
Topar garras y colmillos;
¡Vive Dios, que fué mal hecho!
Y el inhumano que hizo
Tal metamorfosis, fué,

No burlon, sino enemigo,
Y para desagaviarme
Lo reto y lo desafío.

MARQUÉS.
Tente; que yo quiero hacer
Estas paces con Enrico:
Y porque salga el remedio
De donde el daño ha salido,
Pues por hechizo perdiste
Tu dama, por un hechizo
Que he de enseñarte, la harás
Que ciegue amor sus sentidos.

ZAMUDIO.
¿Ha de haber otro leon?

DON DIEGO.
Eso ¿es miedo?

ZAMUDIO.
Algún judío
Tendrá miedo á los encantos;
Que yo creó en Jesucristo.

MARQUÉS.
Por la fe de caballero,
De cumplírte lo que digo,
Si tienes ánimo tú.

ZAMUDIO.
Poco sabes de Cupido.
Más animoso seré
Que el ingenio más divino
Que se atreve á hacer comedias,
Despues que se usan los silbos.

MARQUÉS.
Pues oye lo que has de hacer.
Hoy da capital castigo
La justicia á un delincuente,
Y sus miembros divididos,
Para público escarmiento
Han de ocupar los caminos.
Pues como de su cabeza
Quités dos dientes tú mismo,
Verás rendida tu ingrata.

ZAMUDIO.
Dientes tiene el artificio,
Porque me puede agarrar
La justicia en el camino,
Y ponerme donde sirvan
Mis dientes á otros hechizos.

MARQUÉS.
En eso yo te aseguro.

ZAMUDIO.
Yo no.

DON DIEGO.
¿No basta decillo,
Necio, el marqués de Villena?

ZAMUDIO.
¿Es algún joyel de vidrio
La vida, para arrojarla
A tan notorio peligro?

MARQUÉS. (Dale una sortija.)
Seguro vas, con que lleves
En el indice este anillo,
Por la fe de caballero.

ZAMUDIO.
Agora si te acredito;
Que aunque tan poca se ve
En los nobles destos siglos,
Es porque toda á la casa
De Giron se ha retraido.

DON DIEGO. (Vase.)
¿Qué burla hacerle podeis,
Tras lo que habeis prometido?

MARQUÉS.
¿Veis todo lo que he jurado?
Pues todo pienso cumplirlo,

Y conseguí mi intencion.
Porque lo que yo le he dicho
Es que irá seguro, y tiene
Esa virtud el anillo;
Y que si quita dos dientes
El mismo al cadáver frio,
Verá rendida su ingrata.
Yo cumpliré lo que digo,
Si él los quita.

DON DIEGO.
Pierda el necio,
Escarmentado, los brios.

ENRICO.
Solo despreció las ciencias
Quien no las ha conocido.
(Vase.)

—

Salen UN VERDUGO con un varal, y en la punta del una cabeza: mete el varal, que ha de ser de dos varas, en un agujero en medio del teatro, y vase: ZAMUDIO sale tras él.

ZAMUDIO.
Verdugo de Barrabas,
¿Dónde piensas dar conmigo?
Ya de mi intento el castigo
En el cansancio me das.
La cabeza desdichada,
De su cuerpo dividida,
Despues de perder la vida,
¿Adónde va desterrada?
¡Gracias á Dios, que te plugo
Parar! que ya yo temia
Que por encanto me huia
La cabeza y el verdugo.
Mas no: su palabra ha dado
El Marqués, y cumplirá
Como caballero.—Y ya
Sus verdades he tocado,
Pues que sin ser conocido,
Ni aun visto, seguramente
Por medio de tanta gente
La ciudad he discurrido.
Demonios son, vive Dios,
Los magos: yo lo confieso,
Y si no me falta el seso,
No mas burlas con los dos.
¡Ay, fregona, en qué me pones!
¿Mas quién sino tú podia
Ser la Venus, mi Lucía,
Deste Adonis de gorriones?
Solo estoy ya.—Camarada,
Dos dientes me habeis de dar,
Pues á mi me han de importar,
Y á vos no os sirven de nada.
Abrid la boca.
(El varal de la cabeza es barrenado hasta la boca; por debajo del teatro pondrán la boca en el barreno, de manera que salga la voz por la cabeza.)

CABEZA.
¡Ay de tí,
Zamudio!

ZAMUDIO.
¡Cielo! ¿Qué es esto?
¡Ay, Zamudio, en qué te has puesto
No habló la cabeza? Si
Húmedo estoy de temor.
Hechiceras animosas,
¿Quién os da para estas cosas,
Siendo mujeres, valor?
No en balde Enrico me dijo:
«Si tienes ánimo tú...»
Del arte de Bercebú
Los efectos me predijo.
Sin duda que es encantada

LA CUEVA DE SALAMANCA.

LUCÍA.
Jugando está embelesado,
Los ojos en el tablero,
Toda la imaginacion
En un lance de ajedrez.

DOÑA CLARA.
Mire la dama esta vez,
Que se le arrima un peon.
Abre á Zamudio.

LUCÍA.
¿Entrará,
O saldrás al corredor?

DOÑA CLARA.
Que entre Zamudio es mejor,
Porque llamarme podrá
Mi padre, y no será bien
Que me halle fuera de aquí.

LUCÍA. (Vase.)
Bien dices.

DOÑA CLARA.
Amor, por tí
Tales excesos se ven.
Por tí la honesta doncella
Aventura su opinion,
Y el más prudente varon
Vida y honor atropella.
El lince te sigue, ciego;
Desnudo á Marte sujetas,
Hieren al sol tus saetas,
Y vence al suyo tu fuego.

Salen DOÑA CLARA, rompiendo un papel, y LUCÍA.

DOÑA CLARA.
Ya te he mandado, Lucía,
Mil veces, que no me mates,
Ni des recados, ni trates
De cosas de don García.

LUCÍA.
Como preso está, pensé
Que algo en el papel trataba,
Que á su negocio importaba.

DOÑA CLARA.
¡Buena excusa por mi fe!
¿Hácaste boba? Pues sabe
Que el que una vez malo ha sido,
Siempre por malo es tenido
Y para que esto se acabe,
De mí despedida estás
Desde el momento, Lucía,
Que trates de don García.

LUCÍA.
Señora, no lo haré mas.

DOÑA CLARA.
¡Un hombre que es tan amigo
De don Diego, me pretende!

LUCÍA.
Él de don Diego no entiende
Que trata amores contigo.
(Ap. ¡Oh amorosas variedades!
¿Qué reñidos se apartaron,
Y qué fácil conformaron
Otra vez las voluntades!)

DOÑA CLARA.
¿Es ya tarde?

LUCÍA.
Las diez son.

DOÑA CLARA.
Si.
(Silban dentro.)
Desnuda... Pienso que oí
Un silbo.

LUCÍA.
Estos silbos son
De Zamudio.

DOÑA CLARA.
Hablalle quiero.
¿Está mi padre acostado?

LUCÍA.
¿Que se pase un año entero
Un viejo, absorto en los lances,
Cantando antiguos romances,
A la orilla de un tablero,
Diciendo con mucha flemma:
«Jaque, y tome mi consejo:
A huir, que viene Vallejo,
Tenga, mire que se quema?»
¿Pues qué, si da en señalar
Con el dedo el ajedrez?
Pienso que á muerte otra vez
Condena al rey Baltasar.

Salen LUCÍA y UN GANAPAN, con un cajon de la estatura de un hombre; pónelo en pié á raiz del vestuario.

LUCÍA.
Poned el cajon aquí.

ZAMUDIO.
Quedo, no lo hagais pedazos.

GANAPAN.
Ni son de acero mis brazos,
Ni él de pluma, ¡pese á mí!

ZAMUDIO.
Id con Dios.

GANAPAN.
Mande vuacé
Darnos para echar un trago.

ZAMUDIO.
Nunca yo dos veces pago.

GANAPAN.
¡Cuerpo de Dios! ¿Concerté
Subir escaleras yo?
De balde las he subido:
Cuando me dé lo que pido,
¿Írse al infierno?

ZAMUDIO.
No.

(Dale dinero doña Clara al Ganapan.)
DOÑA CLARA.
Hablad más bajo, y tomad.
Id con Dios: salga Lucía
Con él.—Nunca yo querría
(Vase Lucía y el Ganapan.)
Por ninguna cantidad
Con gente baja ruido.

ZAMUDIO.
No es justo que un bellacon
Salga así con su intencion.

DOÑA CLARA.
Siempre al fin queda vencido
El que pide del que da.
Véte adios, Zamudio amigo;
Que es tarde.

ZAMUDIO.
Él quede contigo.

Salen LUCÍA.

LUCÍA.
¿Vaste?

ZAMUDIO.
¿Quedaréme acá?

LUCÍA.
No sufrirá mi camilla
Ancas, Zamudio; que es corta.

ZAMUDIO.
Que no las sufra, ¿qué importa,
Si tengo de ir en la silla?

LUCÍA.
Sin casamiento, no admito
En mi cama convidado.

ZAMUDIO.
Tu cama es un buen bocado;
Pero casarse es buen grito.

LUCIA.
Pues quien ama y eso niega,
Tome lo que le viniere;
Que si un gorrón no me quiere,
Más de un bonete me ruega.

ZAMUDIO.
Pues que con tal condicion,
Lucia, te has de vender,
Siempre te quieres volver,
Al abrazarte, en leon.

LUCIA.
¿Acabaste de leer?

DOÑA CLARA.
Ya he leído.

LUCIA.
¿Qué invencion
Es la de aqueste cajón?

DOÑA CLARA.
¿Tanta priesa?

LUCIA.
Soy mujer.

DOÑA CLARA.
Oye pues, y no te espante
Mi pensamiento amovido;
Que siempre el amor lo ha sido,
Y sabes que soy amante.
Háme contado don Diego
Que en la cueva donde está
Retraído, hay una estatua
Con cabeza de metal,

Que por un secreto aliento
De espíritu celestial,
Disuelve, á quien le pregunta,
La mayor dificultad:
Dice el estado presente
De los que ausentes están,
Y de venideros casos
Ciertos pronósticos da.

Pues yo, que en un punto tengo
De mujer curiosidad,
De enamorada temores,
Recatos de principal;
Para salir destas dudas
La pretendo consultar,
Y fingiendo otros intentos
Se la he pedido al Guzman.

El, como tiene en la mia
El norte su voluntad,
Hoy la estatua me ha enviado,
Que en este cajón está;
Y en este papel me envía
Figurada una señal,
Que formándola en su boca,
Es la que la obliga á hablar.

Dice que cuando la noche
Haya hecho la mitad
De su curso, y las estrellas
Vaya escondiendo en el mar,
Quien á solas la consulte
Grandes misterios sabrá;
Y en particular en cosas
De amor, la cierta verdad;

Porque entonces está Venus
Puesta en no sé qué lugar,
Que es mas propicio al encanto
Que tanta fuerza le da.
Esto contiene el cajón:
Si tienes qué consultar,
Llega conmigo, y haré
La misteriosa señal;

Que me has de dejar, Lucia,
Sola, si las doce dan;
Que quiero de mis amores
Saber en qué han de parar.

LUCIA.
¿Tendrás ánimo, señora?

DOÑA CLARA.
El amor me lo dará.
¿Y tú?

LUCIA.
Para tales cosas,
¿Faltóle á mujer jamas?
¿Hay alguna que no tenga,
Si ausente ó celosa está,
Un poco de echar las habas,
Y un muchó de conjurar,
El cedacillo, el rosario
(Que de eso les sirve ya),
El chapin y la tijera,

Espejo de agua ó cristal,
Las candelillas y sierpe
De cera, que vueltas da
Entre el agua y el fuego, y prendas
De la dama y el galán?
Mujer hay, que el ir á misa
Sola, gran miedo le da,
Y á media noche un ahorcado
Suele á solas desdentar.

DOÑA CLARA.
Cierra la puerta, Lucia:
No entre mi padre.

LUCIA.
Ya está
Cerrada. — ¡Ay, Dios! Todavía
(Abren el cajón; parece una estatua con
la cabeza de color de metal.)

Me da miedo su fealdad,
El cabello se me eriza;
Frio de cesion me da.

DOÑA CLARA.
Tambien estoy yo temblando,
Si he de decir la verdad.
Pero ya estamos aqui.
(Hácele en la boca á la estatua una se-
ñal, como letra, con el dedo.)
Quiero hacerle la señal.
Pregúntale algo, Lucia.

LUCIA.
Tú preguntarle podrás;
Que yo no sabré, señora.

DOÑA CLARA.
Confiesas tu necesidad;
Que en nada se muestra un sabio
Como en saber preguntar;
Y un necio se manifiesta
Preguntando mucho y mal.
Mas pregunta, aunque te yerres.

LUCIA.
Encomiéndame á san Blas. —
Señora estatua, yo pido
Que me diga cómo está.

DOÑA CLARA.
¿Qué disparate!

LUCIA.
Escuchemos
La respuesta que nos da.

DOÑA CLARA.
¿Había de responder
A tan grande necesidad?
Aun acá, un hombre ruin,
Si se ve en alto lugar,
Se indigna de que ninguno
Le pregunte cómo está;
Y por no dar por respuesta
Que está á su servicio, hará
Mas trazas que un extranjero,
Mas trampas que un natural.

¿Qué quieres que te responda
Esta cabeza, incapaz,

O por bronce ó por divina,
De tener enfermedad?
Otra cosa le pregunta,
Dificultosa.

LUCIA.
Ya va.
¿Agora sí que has de ver,
Señora, mi habilidad!

DOÑA CLARA.
DON PEDRO, dentro.
¡Hola!

(Cierra doña Clara el cajón.)
DOÑA CLARA.
Mi padre llamó:
Véle presto á desnudar:
No se venga acá.

LUCIA.
Yo voy.

DOÑA CLARA.
Cierra esa puerta tras tí;
Y si pregunta por mí,
Di que ya durmiendo estoy.

LUCIA.
Las doce dan: ¿volveré?

DOÑA CLARA.
No tan presto; porque quiero
Consultar sola primero
Mi amor: yo te llamaré.

LUCIA.
Tu miedo mi sangre enfria.

DOÑA CLARA.
Estáte en el corredor;
Que si me aprieta el temor,
Te daré voces, Lucia.

(Vase Lucia.)
Amor y desconfianza
Juntos sin duda han nacido;
Que aun del amor ya creído
Es fuerza temer mudanza.

Perdona, don Diego mio;
Que como tanto te quiero,
Ó firmezas desespero,
Ó verdades desconfío.
Mucho me obliga á creer
Tu servir y porliar;
Mas no quererte casar
No da menos que temer:
Y así mi temor querría
Saber en esta ocasion
La verdad de tu aficion
O el engaño de la mia.

Abre el cajón, y sale del DON DIEGO;
que el cajón ha de tener la espalda
tambien hecha puerta, que se abre
hacia el vestuario, de suerte que la
gente no lo eche de ver: y así, cuando
doña Clara cierra el cajón, abren la
puerta trasera, y quitan la estatua,
y entra don Diego.

DOÑA CLARA.
¡Ay Dios!

DOÑA CLARA.
Mi querida Clara,
No temas: don Diego soy.

DOÑA CLARA.
¿Jesus!

DOÑA CLARA.
Si contigo estoy,
¿Qué temas? Muestra esa cara.

DOÑA CLARA.
Si piensas, señora mia,
Que miente esta obscuridad,
Para saber la verdad
Muestra el rostro, y saldrá el dia.

ACTO TERCERO.

Salen DON DIEGO, EL MARQUÉS,
Y ZAMUDIO.

DON DIEGO.
Señor Marqués, no querría
Que diese todo el rigor
Del juez pesquisidor
En el preso don García:
Y ya que por vos soltarlo
El Corregidor no quiso,
O no pudo, es cuerdo aviso
Por bien ó por mal librarlo,
Y venga lo que viniere.

ZAMUDIO.
Todo saldrá en la colada.

MARQUÉS.
De ese brazo y esa espada
No hay hazaña que no espere.

DON DIEGO.
En vuestro valor me fio.

MARQUÉS.
Pues ya en mandarme tardais;
Que si un amigo ayudaís,
Yo un amigo y deudo mio.

DON DIEGO.
Por arte mágica intento
Que rompamos la prision.

MARQUÉS.
Presta determinacion
Da presto arrepentimiento.
Recelo del Rey la ira.

DON DIEGO.
Grandes hazañas, entiende
Que nunca bien las emprende
El que los peligros mira.
Y el Rey, llegado á rigor,
¿Qué tanto se ha de enojar?
¿Tan gran delito es librar
A un deudo suyo un señor?
¿Tanta culpa deshacer
El agravio que le ha hecho
El Corregidor? Sospecho
Que antes os da á merecer.
Qué delito ha cometido
Contra su rey don García?
Qué traicion ó qué herejía?
Qué monasterio ha rompido?
De una resistencia, ¿puede
Hacer el Rey tanto caso?
¿No es cosa que á cada paso
En todo el mundo sucede?
Y cuando fuera mayor
Su delito y vuestro exceso,
¿Cuerpo de Dios! para eso
Os hizo Dios gran señor.

MARQUÉS.
Si; mas los señores son
De la república espejos.

DON DIEGO.
¿Qué intempestivos consejos!
¿Qué cordura sin razon!
¿Llegar á viejo pensais
Sin ser mozo, por ventura?
¿O para la edad madura
Las mocedades guardais?
Pero no sois menester;
Que yo, aunque pobre escudero,
Basto solo, y solo quiero
Tan justa hazaña emprender.
No de vuestro encantamiento
Pendiente el remedio está;
Que el frances me ayudará
Para tan honrado intento:

DON DIEGO.
¿Mal haya quien tal consiente!
Mas aunque él te ayuda tanto,
De la vitoria confio;
Que sobre el libre albedrío
No tiene fuerza el encanto.

DON DIEGO.
Tendránla mis fuertes brazos.

DOÑA CLARA.
Vive Dios, que he de vivir
Honrada, ó he de morir
En ellos hecha pedazos.

(Éntranse peleando.)

Y cuando no pueda tanto
Yo con el arte encantada,
Tengo un brazo y una espada
Que pueden más que el encanto.

MARQUÉS.
Para darle libertad,
Más cuerdo medio apercibo;
Que será cierto, si escribo
Sobre ello á su Majestad.
No de otra suerte; que son
En los mas grandes señores
Más culpables los errores.

DON DIEGO.
Esta es mi resolucion. (Vase.)

ZAMUDIO.
¿Qué dice dél el frances?

DON DIEGO.
Largamente ha disputado
De arte mágica con él,
Admirado el viejo está,
Y despues de Merlin, da
A don Enrique el laurel.

ZAMUDIO.
¿Ay de mí, que lo he probado,
Y vi una cabeza hablar!
—Mas acaba de contar
Lo que habias comenzado.

DON DIEGO.
¿En qué estábamos?

ZAMUDIO.
Decias
De doña Clara el valor,
Cuando por fuerza ó amor
Sujetarla pretendias.

DON DIEGO.
Yo pues, con su resistencia
Más abrasado me vi,
Como á la palma oprimida
El peso ayuda á subir.
Crece en la discorde lucha
El venéreo ardor en mí,
Y en ella el marcial esfuerzo,
Si no tema mujerial.

Entre ruegos y amenazas,
Con estar tan ciego, vi
Pintar los afectos varios
En su rostro un vario abril.
Ya el temor en las mejillas
Esparce blanco jazmin;
Ya la virginal vergüenza
Vierte clavel carmesi.

Llora sudor de congoja
El animado marfil;
Que es todo el cuerpo á llorar,
Si es toda el alma á sentir.
Las lágrimas perlas son,
Que entre el diamante y rubi
Coge el cabello esparcido
En hilos de oro sutil;
Estos imitan los rayos
Que el sol derrama al salir
Sobre la escarcha de enero
O las flores del abril.
Cuando con mis fuertes brazos
Ciño su cuerpo gentil,
Enlazados considero
A Venus y Marte así,
Mas con afectos trocados,
Porque Venus está en mí
De amoroso, y Marte en ella
De esforzada y varonil.

¿Quién vió la amorosa yedra
A un muro de nieve asir,
O por árbol de diamante
Tregar la halagüeña vid?